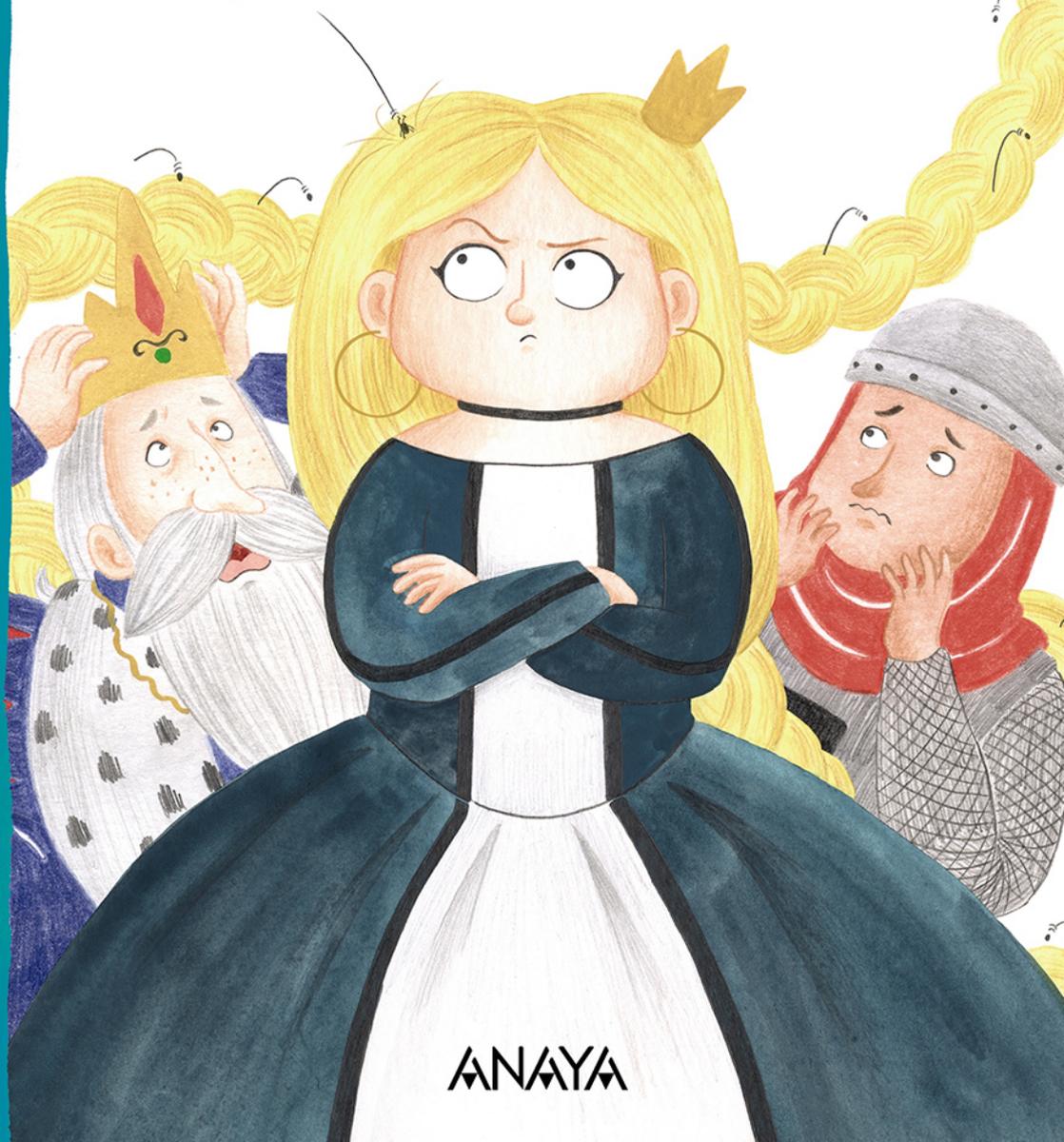


El Hematocrítico

Rapunzel con piojos

Ilustraciones
de Mar Villar



ANAYA







Rapunzel con piojos

© Del texto: El Hematocrítico, 2019
© De las ilustraciones: Mar Villar, 2019
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2019
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

1.ª edición electrónica: 2021

ISBN: 978-84-678-9167-4

Versión digital sobre la 1.ª edición impresa

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

El Hematocrítico

Rapunzel con piojos

Ilustraciones
de Mar Villar



ANAYA

Para Isabel y Manuela.
El Hematocrítico

A mi padre.
Mar Villar



En una torre muy alta, en un bosque
muy profundo, un padre y su hija
hablaban sobre pelos.



—Papá, ¿por qué tengo que dejarme el pelo tan largo? ¡No hay nadie en el instituto con una melena como la mía!

—Rapunzel, cariño —dijo el rey—. Tú no eres como las otras chicas. Tú eres una princesa. Y las princesas...



—Ya sé, me lo has dicho a diario desde que era un bebé: las princesas necesitan una melena larguísima.

—Yo entiendo que es una molestia, cariño.

—¿Una molestia? ¿Tú sabes cuánto pesa tantísimo pelo? ¿La cantidad de litros de champú que necesito cada semana? ¿El tiempo que paso con gomas y pinzas?



—Es por tu seguridad. Una princesa debe tener una melena gigante para hacerse una trenza gigante y...

—... utilizar la trenza como escalera para que un caballero pueda rescatarte de la torre cuando te secuestre un dragón —interrumpió Rapunzel. Ya había escuchado esta razón un millón de veces—. Pero tengo quince años y jamás me ha secuestrado ningún dragón.

—No son solo los dragones...

—Ni un dragón, ni una madrastra malvada, ni un ogro, ¡ni NADA!

—exclamó la princesa—. El bosque ya no es peligroso como antes... ¡Hasta el Lobo Feroz ha montado una sastrería!



—Tonterías. El peligro acecha en cada esquina del bosque, detrás de cada árbol. Vamos a comprobar que tu melena tiene el largo reglamentario.





El rey lanzó la trenza de su hija por la ventana.

Se alegró al comprobar que el largo era el adecuado. Cualquier caballero o príncipe podría escalar por ese pelo sin dificultad.

Al llegar abajo, la punta de la melena golpeó la pluma del sombrero de un mendigo, que se estaba echando una siesta acompañado de su perro.

—¡Oye! ¡Ten cuidado!

—Disculpa —dijo Rapunzel—. Estamos haciendo unas pruebas de seguridad.

El mendigo aprovechó entonces para probar suerte.

—Oiga, ya que hablamos, podríais darme una monedita.

—¿Una monedita? —El rey estaba muy en contra de dar dinero a los mendigos. Bueno, el rey estaba muy en contra de dar dinero a nadie—. ¡Ni hablar! Si quieres dinero, búscate un trabajo.

Eso le dio una idea:

—Podría trabajar de flautista. Tuve mucho éxito en Hamelín.

—¿Para qué iba yo a querer un flautista? —respondió el rey.

El rey cortó por lo sano y cerró la ventana.



